

TESTEMUNHO

CARLOS REIS

Pilar del Río

Fundação José Saramago

No puedo separar la imagen del académico de la del amigo del alma y pido perdón por eso. A los amigos no se les elogia, simplemente se les quiere, al menos es lo que se ha hecho siempre en mi casa con el profesor Carlos Reis. Él no lo sabe, porque a los amigos tampoco se les da coba, pero cuando llegaba una llamada suya mi casa de Lanzarote se iluminaba. Lo cuento, para que vean que no exagero, pero para eso se tendrán que situarse en modo tiempo pasado, en aquellos días en que la tecnología comenzaba a ser aliada (no conflicto permanente) y los teléfonos permitían ver quien llamaba antes de levantar el auricular. Les digo que si aparecía el nombre de Carlos Reis en la pantalla, José Saramago atendía con la sonrisa ya puesta. Y si el nombre aparecía en mi prehistórico telemovel, corría a donde José Saramago estuviera para que respondiera él con su personal alegría, mientras yo sentía que servía de puente invisible entre dos personas grandes que se comunicaban sin jactancias, con la naturalidad ganada en vidas de atención y de trabajo, también con la poderosa profundidad que ambos construían “golpe a golpe, verso a verso” como decía el poeta. Luego, terminada la comunicación, José Saramago comentaba el motivo de la llamada, un viaje, una

duda, una intervención, una complicidad. Siempre las propuestas de Carlos Reis caían en mi casa como bendiciones. Porque los autores, por más pertrechados de obra y de reconocimiento que estén, viven en permanente estado de duda, les acompaña una soledad íntima que muy pocas personas consiguen romper. Carlos Reis entraba en la cotidianidad de José Saramago desde el entendimiento de lo que el escritor hace y es, por eso hablaban de tú a tú, no negociaban el texto ni el estilo, simplemente compartían desde la inteligencia creadora y una especial sensibilidad. El profesor académico que estudiaba al autor no se alimentaba de él, el autor, sin expresarlo, se sostenía en los estudios que iba leyendo y seguía caminando sabiéndose entendido. No creo que haya relación literaria más hermosa.

Y luego está la generosidad. Cuántas páginas escribió Carlos Reis sobre José Saramago? ¿Sabe Carlos Reis que cada página es un abrazo? ¿Sabe cuántas dificultades ayudó a superar y cuántas heridas se cicatrizaron mejor porque dos hombres conversaban con todas las puertas abiertas? Las simplificaciones propias de la existencia hacen que se pasen por alto dedicaciones y esfuerzos. Decimos nombres de creadores como si recitáramos oraciones periclitadas, nombremos libros sin detenernos a entender el universo que contienen y así, demasiadas veces, pasamos a engrosar el paisaje de la futilidad, en algunos casos futilidad con cita incorporada, como si eso nos salvara de la mediocridad. Hasta que alguien se pone en medio del camino y reclama atención. Entonces vemos a Carlos Reis en la Biblioteca Nacional, a Carlos Reis en la Universidad de Coimbra, a Carlos Reis en el Centro Cultural de Belem cuando el Premio Nobel, a Carlos Reis despidiendo a José Saramago en la Cámara de Lisboa, siendo él la voz de las letras, el último discurso antes de la cremación. En esos lugares, momentos principales de la existencia del escritor, estaba el profesor que estudió la obra y la compartió.

No, en mi casa no se elogiaba a Carlos Reis, simplemente se le respetaba y se le quería. Como se le quiere y respeta ahora en la Fundación José Saramago, como humildemente hace quien esto escribe. Desde la alegría de haber estado y desde el proyecto de continuar al autor. Porque en la literatura, las relaciones de amor no acaban, solo se transforman y profundizan. Obrigada, querido Carlos Reis.

